

*Próximo número:  
La interesantísima novela*

## ¡Cuidado, solteros!

*Protagonistas: el simpático  
Douglas Mac Lean  
y la encantadora  
Patsy Ruth Miller*

*Postal-fotografía-regalo:  
Conrad Veidt*

*Precio, 25 céntimos*

*La Novela Semanal  
Cinematográfica*

*Sale todos los miércoles. En toda España.*

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 147

25 cts.



CORDELIA,  
LA MAGNIFICA

por

Clara Kimball Young  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 147

## CORDELIA, LA MAGNIFICA

Comedia dramática de Leroy Scott, inter-  
pretada por la eminente actriz

CLARA KIMBALL YOUNG

EXCLUSIVA DE  
L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 66  
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
GENEVIEVE FÉLIX

---

# Cordelia, la Magnífica

Argumento de la película de dicho título

Eran los salones de Sara Thorndike el punto de reunión de la aristocracia neoyorquina.

Sara Thorndike, enamorada del deporte y del flirteo "sin consecuencias", daba aquel día una comida en honor de su íntima amiga Cordelia Marlowe, cuyo soberbio *pur sang* ganó aquella tarde la carrera de caballos.

—¡Brindo por la simpatíqúisima y lindísima Cordelia Marlowe... Cordelia, la Magnífica!—dijo la dueña de la casa.

La homenajeada, Cordelia Marlowe, llamada "la Magnífica" por su belleza, por sus joyas, por sus "autos" y por sus caballos, a la que todos creían rica, cuando en realidad un prodigio de equilibrio la mantenía en la brillante posición que ocupaba, contestó al halago de su amiga.

—Acepto el brindis... pero suprimiendo los adjetivos.

Sentado a la derecha de Cordelia hallábase Federico Plimpton, propietario de fabulosas riquezas, las cuales esperaba poder compartir un día con ella, su único amor sincero, que trataba de conquistar.

Frente a Cordelia, a la que no cesaba de espiar

discretamente en su plática con Plimpton, encontrábase Gladys Norworth, que estuvo de enfermera en Francia durante la guerra, y que estaba convencida de que sus treinta millones de capital eran un ímán irresistible para todo el mundo... hasta para el galán de Cordelia.

Después de la comida, Plimpton no se separó un momento de Cordelia, para repetirle cuán grata le



*Sara Thorndike daba aquel día una comida en honor de su íntima amiga Cordelia Marlowe...*

era su compañía, y la orgullosa millonaria se sentía, no quitándoles ojo de encima, acometida de celos.

Cordelia lo echó de ver en seguida, y le dijo francamente a Plimpton:

—Suspendamos la conversación, Federico, porque

veo que estamos martirizando a la señorita Norworth.

—No sé por qué...

—No es un secreto para nadie que ustedes dos... simpatizan mucho...

—Dé simpatía a amor... Lo último, bien sabe usted que es suyo, Cordelia...

—¿Está usted seguro? Pero no; no hablemos más. Me da pena mi amiga...

—Como usted quiera, Cordelia...

Un poco después, Gladys, que conocía exactamente la situación de Cordelia, le recriminó su amistad con Plimpton, poniendo en sus palabras un significado y una acritud desusados.

—Ya he visto que continúas conquistando a Federico... y que consigues, con tu coquetería, apartarlo de mí... ¿Sería un buen partido para ti, eh?

—El mismo que para ti, si ha de serlo. Yo no hago nada para atraerlo. Y creo que él es dueño de elegir la compañera que más le guste, ¿no te parece, Gladys?

—Desde luego... pero cuando una procura emplear mejores armas que otra... para que el hombre no se escape...

—Eres excesivamente dura conmigo, Gladys... y no te oculto que me estás ofendiendo y que no puedo tolerar más que me hables así... ¿lo oyes?

—Eres lista... y mañosa... pero...

—¡Basta, Gladys!

En este momento, la madre de Cordelia, Ernestina Marlowe, que, con el propósito de aumentar su fortuna, comprometía en especulaciones peligrosas el capital que le dejó su marido, telefoneaba a la casa de Sara Thorndike, preguntando por su hija, que hubo de ponerse al aparato.

—Ven cuanto antes, Cordelia, que necesito ha-

blarte de un asunto muy importante—le dijo su madre.

—¿Qué sucede?

—Es preciso que te vea ahora mismo. Estoy desesperada... Te necesito.

—Voy en seguida.

—Oye; a propósito... ¿Cómo van tus relaciones con Federico? Supongo que "eso" va por buen camino...

—Ya hablaremos, mamá; ya hablaremos.

En el acto, Cordelia se despidió de su amiga Sara:

—Me veo obligada a marcharme. Ya sé que esto es casi una incorrección, pero mamá acaba de decirme por teléfono que no se encuentra bien.

—Lo lamento, Cordelia, y deseo vivamente que la indisposición de tu mamá no sea de cuidado.

—Muchas gracias.

Enterados de la obligada partida de Cordelia, Plimpton se ofreció a acompañarla, sin ella aceptar, aunque reconociéndole mucho la intención, y Gladys, tomándola aparte, se disculpó de su conducta de aquella noche con ella.

—Cordelia, perdóname si antes te hablé violentamente. No sabía lo que decía.

La ofendida, que no era rencorosa, se avino a la reconciliación.

—Siempre hemos sido buenas amigas, Gladys. ¿Por qué no seguir siéndolo y dejar que Federico elija a su gusto entre nosotras dos?

—Tienes razón. ¿Quieres ir a pasar unos días conmigo a mi casa de campo?

—De acuerdo; así verás que no he dejado de ser ni un instante tu amiga.

La entrevista entre Cordelia y su madre fué des-

agradable en extremo, pues se trataba nada menos que de lamentarse de su brusca ruina.

—¿Pero qué hiciste del papel del Estado, mamá?

—Lo cambié por acciones petrolíferas, y éstas han tenido en estos últimos días una baja considerable.

—Entonces... adiós fortuna...

—Si logras que Federico se decidiese a pedir tu mano, tendríamos crédito abierto hasta el día de la boda.

—Olvidemos que hay un Federico en el mundo, mamá. Aun nos queda la renta anual de dos mil quinientos dólares... Esa renta para ti. Yo ya me las arreglaré como pueda.

—Cordelia, esperaba de ti una solución más honrosa... ¡Una Marlowe no puede descender de su esfera!

—Mi criterio no es el tuyo... Voy a telefonear...

—¿A Federico?

—No, mamá. Voy a llamar a Sara Thorndike.

Al día siguiente, en un *restaurant* de moda, Sara y Cordelia se afanaban en buscar nuevas soluciones al problema.

De ello se deduce que Cordelia no le había omitido detalle acerca de su repentino cambio de posición.

Sara ofreció a su amiga el ayudarla con dinero, a lo que ésta se negó.

—Te agradezco la intención, pero un préstamo no me resuelve nada... Lo que necesito es trabajar, Sara, ¡trabajar! Me he leído de cabo a rabo este periódico, y aunque te parezca extraño no he encontrado en él nada que pueda convenirme.

—¿Y por qué no te anuncias tú en vez de buscar los anuncios de los demás?

—Muy cierto.

—Voy a redactar yo misma tu anuncio... ¿Qué te parece?

Cordelia leyó:

*Señorita americana, de 26 años, conociendo el manejo de toda clase de autos, sabiendo equitación, golf, esgrima, natación, etc., se ofrece para cargo de secretaria particular o algo análogo.*

Y comentó:

—Me parece que todo lo que sé no me va a servir de mucho.

—Haz insertar este anuncio en un periódico y ya verás como te llueven las proposiciones.

Cordelia siguió al pie de la letra el consejo de su amiga, pero lo único que recibió fué una carta del abogado Esteban Franklin citándola a su despacho.

El abogado en cuestión empleaba el conocimiento de las leyes en su propio beneficio. No había divorcio ni escándalo social en que el nombre de Franklin no apareciese en los periódicos mezclado con los de los protagonistas.

Cordelia acudió a su requerimiento.

—¡Ah! ¡Es usted, señorita!—exclamó él al verla.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Ya tengo el honor de conocerla, señorita Marlowe. No; no nos hemos encontrado nunca, pero se publica tantas veces su fotografía en los periódicos ilustrados. Precisamente, hojee usted esta revista. Es casual que acabe de verla a usted en ella.

—Conste que yo no he pagado nunca nada por ver mi retrato en papel *couché*.

—Me lo figuro... Su belleza es merecedora de las atenciones de los críticos de salón... Haga el favor de sentarse... ¿Ha puesto usted este anuncio?

—Sí. En mi casa hemos perdido toda nuestra fortuna y por eso me veo obligada a trabajar.

—¿Qué sueldo pide usted?

—Me han dicho que como secretaria podría ganar treinta dólares a la semana.

—Yo no puedo dar ese sueldo.

—Me conformaría con veinticinco.

—Tampoco me conviene.

—Entonces...

—Espere... Aunque lo considere una indiscreción, ¿me permite usted que le pregunte cuál era su renta hasta ahora?

—Treinta mil dólares por año.

—Pues... le ofrezco a usted treinta mil dólares por año.

—No comprendo... ¿No decía usted hace un momento que no podía pagarme ni veinticinco dólares por semana?

—Por treinta dólares, por veinte, por quince, tengo todas las secretarías que se me antoje... En cambio, no se encuentra todos los días una Marlowe dispuesta a trabajar.

—Bien. ¿Y cuáles son sus condiciones?

—Su trabajo es muy delicado. La mayoría de mis clientes se mueven en el círculo que usted frecuenta, y usted puede ayudarme mucho proporcionándome informaciones...

—¡De ningún modo! Permítame que me retire. Sus ofrecimientos no me satisfacen...

—No me ha comprendido usted, señorita.

—¡Usted me propone que me convierta en espía de mis amistades!

—Nada de eso. Yo le propongo que ayude a sus amistades ayudándome a mí. No le pediré nada incorrecto y usted misma lo juzgará. Reflexione usted. No tengo inconveniente en adelantarle el im-

porte de su primera anualidad. Puede hacer creer que procede de sus acciones petrolíferas, y usted y su mamá seguirán en la misma posición social que hasta ahora.

—Decididamente, ateniéndome a sus manifestaciones, acepto. ¿Cuándo le interesa que empiece a trabajar? Si usted quiere, en seguida; pero, si no le urgen mis servicios, iría a pasar unos días en la



—...En este asunto ya puede usted empezar a ayudarme. Vigile bien y cuénteme todo lo que averigüe.

villa de mi amiga la señorita Norworth.

—¡Ah! Esa señorita es una de mis clientas, y me interesa ayudarla a devolverle la tranquilidad que, misteriosamente, parece haber perdido. En este

asunto ya puede usted empezar a ayudarme. Vigile bien y cuénteme todo lo que averigüe.

—Esta misma semana iré a verla.



La casa de Gladys Norworth, refugio, en otro tiempo, de la bulliciosa juventud, se había vuelto silenciosa y triste desde que su dueña regresara de los campos de batalla.

Cordelia se trasladó a ella para veranear una temporada.

—¿No sabes cuánto me alegro que hayas venido! Ya empezaba a creer que habías cambiado de opinión—le dijo Gladys.

—He tenido que arreglar algunos asuntos y...

—No me debes ninguna explicación, Cordelia. Lo esencial es que ya estés aquí. Te presento a mi hermanastra Esther. ¿No la conocías? Estuvo conmigo en los hospitales de Francia.

—Tanto gusto, señorita Esther.

—Encantada de conocerla, señorita Cordelia.

Esther, más que hermanastra, había sido madre y hermana para Gladys desde que ésta se quedó huérfana.

A la hora de la comida, Cordelia conoció también a Francis, un chiquillo huérfano de la guerra, recogido y adoptado por Gladys, que no las acompañaba en la mesa; y a Miguel, el mayordomo, que llegó en busca del niño, pues éste había burlado la vigilancia de la niñera.

—¿Qué significa esto, Francis? ¿Por qué no estás con Nicolasa?—preguntóle Gladys.

El niño se dirigió a Esther, inquirió quién era

Cordelia, y a esta misma le dijo si también sería una de sus mamás.

El mayordomo cogió de una mano al niño y muy amablemente le convenció a salir con él del comedor.

—Francis, ¿quieres que Miguel te cuente un cuento y dejas acabar de comer a mamá?

Cordelia, apenas ausente el criado, ponderó a su amiga la elegancia de Miguel.

—Parece un mayordomo excelente... ¿Dónde lo encontraste, Gladys?

—Vino a pedir este empleo hace algún tiempo. Es... muy activo...

Por la noche, cuando un silencio de tumba caía sobre la mansión de Gladys, Cordelia, desde la habitación que ocupaba en la casa, oyó pasos precipitados y ahogadas protestas en las habitaciones de planta baja.

—¿Qué es esto?—pensó.

Sin vacilar, recordando su misión de ayudar al abogado, salió de su habitación sigilosamente, y del mismo modo llegó a la sala de lectura.

De pronto, se le apareció Miguel, quien, muy atento, se ofreció a sus órdenes.

—¿Necesita usted algo, señorita Marlowe?

Reponiéndose del susto recibido, aunque no completamente tranquila, Cordelia replicó:

—Estaba desvelada y... y venía a ver si encontraba algún libro.

—Si no es más que eso... con su permiso... Buenas noches.

Sorprendida por lo que oyó e impulsada por un violento deseo de saber más, Cordelia, la noche siguiente, espía la casa y a sus habitantes.

Y pudo ver, oculta entre el follaje del jardín,

como Miguel conducía a Gladys y a Esther a un pabellón.

Cordella aproximóse al mismo y junto a una ventana dispúsose a ver y a escuchar sin ser descubierta.

En el interior del pabellón, las dos mujeres miraban con odio a Miguel, pero éste, sin hacer caso de ello, hablaba a Gladys con autoridad.

—Procure no hacer ruido, Gladys: no vaya a despertarse como anoche la señorita Marlowe. Por cierto que esa señorita no me inspira la menor confianza.

—(Muchas gracias. ¿Quién será ese?)—murmuró la interesada.

—¡Basta!—dijo aquélla a Miguel—. ¿Quiere usted decirme por qué se ocupa tanto de Francis?

—Quizá tengo el proyecto de reclamarlo un día como hijo mío.

—¿Con qué derecho? Está usted abusando como un villano...

—Es inútil discutir... Vamos al negocio, que es lo urgente. Necesito dos mil dólares, y si no se me dan, lo diré todo.

—¡Pues no se los daré!

—Yo sé que usted no se negará a dármelos esta misma noche. Ya sabe usted que si pidiese más me los daría también... Tengo derecho no a pedir, sino a exigir. ¿Entendido?

Cordella escuchaba llena de asombro. Pero aquí cesó de enterarse de lo que le interesaba saber, pues un inoportuno estornudo suyo puso en guardia a Miguel, que cerró herméticamente la ventana tras de la cual ella escuchaba.



Las primeras noticias que Cordelia llevó a Franklin convencieron a éste de que un misterio, que el día de mañana podría dar buenos rendimientos, se ocultaba en la mansión de Gladys Norworth.

—Sin duda, ese Miguel conoce algún secreto de su señora y aprovecha su situación. Continúe usted vigilando, y entre los dos acabaremos por librar a la señorita Norworth de esa pesadilla—dijo el abogado a Cordelia.

—No crea usted que me parece agradable mi papel... pero deseo tanto poder ayudar a mi amiga...

—Procure usted que Gladys me invite a la fiesta de sábado y domingo. Así, los dos juntos, podremos espiar mejor a ese Miguel.

Cordelia, convencida de que velaba por la tranquilidad de su amiga, se decidió a seguir las instrucciones de Franklin, y cada vez el caso de Miguel le iba pareciendo más interesante.

Un día, al llevarle él el desayuno, Cordelia trató—interrogándole—de saber quién era.

—No sé por qué, me parece que no ha sido usted siempre mayordomo, Miguel. ¿Cómo llegó usted a esto?

—Antes de ser criado de casa grande, yo estaba en el colegio, señorita—contestó el aludido, esquivando hablar demasiado.

—¡Ah! ¿Era usted estudiante? ¿Y en qué colegio estudiaba?

—Preferiría no decirlo, porque por el hilo se saca el ovillo y por el nombre del colegio podría usted descubrir mi verdadero nombre.

—¿Entonces no es Miguel su nombre verdadero?

—El nombre no hace al caso, señorita.

—A todo esto, no me dijo usted cómo había llegado a ser mayordomo.

—Acababa de salir del colegio cuando estalló la guerra mundial... Entonces me alisté en el ejército de Canadá y me fui a Europa.

—¿Utilizando el nombre de Miguel o el suyo propio?

—Ninguno de los dos, señorita.

—¿Y qué más?

—El armisticio me dejó en libertad. Tenía que trabajar, y como en el colegio dirigía nuestro club, pedí este empleo de mayordomo.

—La señorita Norworth estuvo en Francia de enfermera. ¿La conoció usted allá?

—No... a... no...

Tras esto, Miguel recogió el servicio y salió de la habitación de Cordelia, intrigadísimo.

Por su parte, ésta, cuando quedó sola, escribió en un papel, para Franklin, estos datos:

*Este Miguel es extraordinariamente listo. Tengo la seguridad de que sospecha de mí, y en adelante tendré que trabajar con muchas precauciones.*

La fiesta de sábado y domingo en los salones de Gladys Norworth proporcionó a Esteban Franklin la oportunidad de conocer a Miguel y de estar cerca de Cordelia, por la que empezaba a sentir un interés mayor que el puramente profesional.

Federico Plimpton, ¡cómo no!, también se contaba entre los invitados, en primerísimo lugar para Gladys.

Como aquél seguía cada día más enamorado de Cordelia, aprovechó unos momentos para, después de un baile, alisarse con ella en el jardín.

Gladys y Miguel, cada uno por su lado, los espiaban.

Gladys, considerándose despreciada por Plimpton por su amiga, se dejó llevar de su despecho, y como, por desgracia, viera que Cordelia y aquél se abrazaban, siguió a ésta a su habitación cuando, durante la fiesta, fué a ella en busca de algo, y hubo entrambas una escena violenta:

—¡Embustera! ¡Hipócrita!... ¡Besándole en mi propia casa!

—¡Por favor, Gladys! ¿Qué más da tu casa que otra cualquiera? El me besó... y yo no pude evitarlo.

—¡Has sido tú quien le ha pedido el beso!... ¡Tú, que andas detrás de su dinero, porque no tienes donde caerte muerta!

—¡No puedo tolerar por segunda vez tus insultos, y ahora me toca a mí hablar! Dí, ¿qué tienes tú sino millones solamente?

—¡Con mi dinero, puedo más que tú! ¡Y no, no te casarás con Federico, hipócrita!... ¡Vete ahora mismo de mi casa!

—Bien. ¿Pero acaso tú crees que él se casará contigo cuando sepa que eres... la madre de Francis?

Gladys palideció como una muerta y su tono altivo volvióse suplicante:

—¡Por favor, Cordelia, no digas nada! ¡Prométeme que no dirás a nadie mi secreto!

Esther, apareciendo en este momento, se inmismó en la escena.

—Cordelia sabe lo de Francis—le reveló Gladys.

—¿Cómo se enteró usted de eso?—preguntó, alarmada, la hermanastra a Cordelia.

—Tuve ocasión de observar algo y adiviné el resto.



—...No te pediré nada incorrecto y usted misma lo juzgará...  
—Decididamente, ateniéndome a sus manifestaciones, acepto.

Un cuarto personaje vino a tomar parte en la cuestión: era el mayordomo.

Miráronse sorprendidas las tres mujeres.

Miguel, sin precipitarse, habló así:

—He oído, de ocultis, lo bastante para creer que mi presencia es necesaria aquí. Gladys, recuerde usted que la otra noche le avisé que anduviese con tiento mientras la señorita Marlowe estuviese en la



—Tuve ocasión de observar algo y adiviné el resto.

casa. Hagan el favor, Gladys y Esther de dejarnos solos a la señorita Marlowe y a mí. Y usted, señorita Marlowe, va a oír la historia... Como uno de los principales personajes de ella, me interesa que no se forje usted de mí una idea equivocada.

.....

Cordelia prestó la mayor atención para no perder detalle del relato de Miguel.

—Sucedió en París, en el año 1917—empezó por decir aquél.—Gladys estaba de enfermera en un hospital y se enamoró de un enfermo: un soldado del ejército del Canadá. Era un soldado insignificante, Cordelia... ¡un *chauffeur*! En aquella fecha era algo más: un héroe... ¡el héroe del día!... Se fugaron, y durante mucho tiempo, nadie supo nada de ellos... Fué mucho después cuando se conoció la verdad... Al desvanecerse la aureola de heroísmo que rodeaba a aquel hombre, Gladys lo abandonó y regresó a América con su hijo Francis... El pobre soldado volvió al frente, buscando la bala que lo matase... Aquel hombre era mi hermano, señorita Marlowe. Juré encontrar a la mujer causante de su desgracia y hacerla sufrir como hizo sufrir a él... Ahora solamente estoy empezando...

Después de esta revelación, Miguel dejó en paz a Cordelia... pero como él estaba convencido de que ella estaba allí con una misión que cumplir, no tardó en sorprenderla escribiendo una nota, dirigida a su madre, en la que le decía:

*Mamá querida: Estoy deseando terminar mi trabajo, porque las atenciones de Franklin empiezan a serme desagradables. Si no fuese por mi afán de salvar a Gladys, ya hubiera abandonado este asunto.*

—Señorita, puedo saber qué es lo que pretende usted?

—¿Qué manera de hablar es esa, Miguel... y por qué ha cerrado usted la puerta de mi habitación? Se figura usted que yo...

—No, nada de pretextos. Yo sospecho desde el día en que entró usted en esta casa, y por eso cerré

la ventana del pabellón del jardín la noche que usted nos espío.

—¡Pues bien, estoy aquí para prestar mi ayuda a Gladys, si la necesita!

—Ella, por el contrario, cree que está usted aquí para engañarla y arrebatarle el amor del señor Plimpton.

—¿Y usted se atreve a hablar de engaños, usted, que está aquí aprovechándose de la superioridad de su situación?

—¿Y si yo le dijese a usted que no pido el dinero para mí, sino para asegurar al niño contra la posibilidad de que ella lo abandone como abandonó a su padre?

—¡Mentira, mentira! ¡Todo lo que usted dice es un manojo de mentiras!

—Si le parece, señorita Marlowe, dejemos esta conversación y hablemos de asuntos más agradables. Yo tengo de adivino, y así, sé que tiene usted tres excelentes ocasiones para casarse...

—¿Cómo se permite usted...?

—No disimule que le interesa que siga... Decía que son tres... Primero: el señor Plimpton, hombre rico y simpático... Segundo: Esteban Franklin... Es listo, decidido y consigue siempre lo que se propone... Si quiere usted casarse con él, debe andar con sumo cuidado.

—¿Y el tercero?

—Se llama Miguel.

—¿Usted? ¡Qué atrevimiento!

—No, no se precipite... Todavía no estoy enamorado de usted, pero con el tiempo maduran las uvas.

—Es usted un hombre extraordinariamente original... de una originalidad peligrosa...

—Me consta que no le soy antipático... y no sabe usted cuánto me alegro. Yo le he hablado franca-

mente, y usted no quiere pagarme en la misma moneda... Pero yo sabré cuál es la misión de usted en esta casa.

..

La semana siguiente, Cordella recibió la mayor sorpresa de su vida al ver que Miguel era mimado y agasajado en el club aristocrático al que ella concurría, acompañada de Plimpton aquella tarde.

A fin de hablar un momento con Miguel, "con afán de ir sabiendo cosas", alejó a su pretendiente, así:

—¿Quiere usted telefonar a mamá que vamos de compras, Federico?

Miguel se acercó a Cordella, pues él también tenía deseos de oírla, y entablaron el siguiente diálogo:

—He oído que ahora es usted todo un hombre de negocios, Miguel...

—¿Por qué no, señorita? Mi oficio de mayordomo no era más que un medio para conseguir un fin.

—Supongo que en sus jugadas de Bolsa Interpretará papel importante el dinero que le sacó usted a Gladys...

—No, aquel dinero no es mío. Los pocos dólares que arriesgo son fruto de mi trabajo... y quizá de mi habilidad... pero no provienen de Gladys.

—¿Entonces es que se deja usted sobornar por los huéspedes de la señorita Norworth?

—Es posible. En todo caso, no hago más que imitar a algunos de ellos, que sin duda obtienen buenos beneficios por averiguar los misterios de la casa.

—Es usted un...

—Usted se asusta fácilmente, señorita Marlowe, a pesar de que en estos últimos tiempos ha aprendido muchas cosas. Sin embargo, aun no sabe usted una...

—¿Cuál?

—Si se casará conmigo o no.

De regreso Plimpton al lado de Cordelia, Miguel se retiró, y ésta se hizo conducir por su pretendiente a casa de Gladys, en la que, con los preciosos datos comunicados por su secretaria, Esteban Franklin no perdía el tiempo.

—Mi cliente posee pruebas concretas sobre Francis y pide una fuerte suma por su silencio.

—¡Ese cliente no puede ser más que Cordelia, que desde hace unos días ya no está con nosotras! ¡Es una de sus jugadas para desprestigiarme ante los ojos de Plimpton!

—Le aseguro por mi honor que la señorita Marlowe nada tiene que ver en este asunto.

—¿Y qué pide su... cliente?

—Sesenta mil dólares al año, que usted debe entregarme a mí en calidad de depositario.

—¡Sesenta mil dólares! ¡Qué infamia! ¡No, no acepto!

—Piénselo usted bien, señorita. Reflexione que la publicidad de ese asunto sería muy bien acogida por los periódicos.

—¡Qué miserable es... su cliente!

—Si quiere usted poner el negocio en mis manos y hacer cuanto yo le digo, le aseguro el triunfo por anticipado.

—Sí, sí... necesito que alguien me defienda...

El "auto" de Plimpton deteníase en aquel instante ante la mansión de Gladys, quien vió descender de él a Cordelia solamente.

—¡Mírelos! ¡Siempre juntos! ¡Oh, no sé qué daría por separarlos para siempre!

—Es posible que encontremos un medio para hacer variar el pensamiento del señor Plimpton acerca del matrimonio.

—¿Usted cree?...

—Tenga confianza en mí.

Franklin no se detuvo a hablar con Cordelia, para no dar lugar a sospecha a Gladys.

Aquella, al reunirse con su amiga, le preguntó el motivo de la visita del abogado.

—¿A qué ha venido el señor Franklin? ¿Acaso quiere sacarte dinero a cambio de destruir las maquinaciones de Miguel?

—¿Destruirlas? ¡Estafarme, es lo que pretende Franklin! Dice que su cliente exige una fortuna por su silencio. ¡Y tú tienes la culpa! ¡Tú, que estás de acuerdo con él para aprovecharos de mi secreto!

—¿Yo, Gladys? ¡Después de las pruebas de amistad que te doy!

—¡Oh, perdóname! ¡No quería decir eso! ¡Son mis nervios... mis malditos nervios!

Miguel, que siguió a Cordelia y que había visto salir de casa de Gladys a Franklin, se presentó ante las dos mujeres inopinadamente.

Cordelia, al punto de marcharse, censuró la supuesta conducta del ex mayordomo:

—¡Ahora comprendo cómo se ha transformado usted en hombre de negocios! ¡Explotandó, de acuerdo con Franklin, el secreto de la pobre Gladys!

Pero, por su parte, a solas con Miguel, Gladys de-

ducía de las palabras de éste que él no tenía nada que ver con el cliente de Franklin.

Unos días después, Plimpton pedía al fin resueltamente a Cordelia si quería ser su esposa, y ella al fin también accedía a dar y a encontrar la dicha del amor.

Gladys, atribuyendo a Cordelia toda la culpa de la amenaza de *chantage* que le anunciara Franklin, no tenía otra idea que la de desenmascararla ante Plimpton o por lo menos impedir que se casara con él. Para ello prometió buena recompensa al abogado, y con él preparó a la inocente joven una emboscada.

Gladys rogó a Cordelia que fuese a visitarla. Plimpton, que estaba con su novia en casa de su madre, donde aquella telefoneó a su amiga, la acompañó a la mansión de la millonaria, en la que entró con ella para anunciar juntos su próxima boda sin ruido ni ostentación.

Un criado introdujo a Cordelia en un saloncito, en el que le salió al paso Franklin, mientras Gladys recibía a Plimpton en otro salón, donde, al poco, llegaron algunos periodistas que, enterados del próximo enlace de Cordelia Marlowe y Federico Plimpton, hartos conocidos en la buena sociedad, se apresuraron a ir a preguntar a los novios algunos detalles sobre el fausto acontecimiento. A pesar de los buenos deseos de Plimpton, su futura suegra no había podido menos de mandar esos *reporters* a casa de Gladys.

Franklin fué derecho al asunto que le interesaba resolver con su secretaria.

—Gladys está ahora muy ocupada, Cordelia, y voy a aprovechar esta oportunidad para hablarle de algo muy importante.

—Usted dirá.

—Supongo que a su penetración no habrá escapado el sentimiento que usted me inspira... ¡La amo a usted, Cordelia!... ¡Tiene que escucharme hasta el fin!

—¡Nunca, nunca! ¡Apártese! ¡Su conducta, que hasta hace poco desconocía, me es terriblemente odiosa!

—Perfectamente. Puesto que usted no es razonable, tampoco lo seré yo. ¿Le será muy agradable que sepa la gente que usted ha estado viviendo de un dinero estafado?

—¡Qué infamia! ¿Con eso quiere usted obligarme a que sea su esposa?

—Con eso, precisamente. Esperaba que no tendría que recurrir a medidas extremas, pero si no hay otro remedio...

—¡Pensar que un hombre es capaz de portarse de este modo!

—Un hombre como yo, cuando ama a una mujer, no se detiene ante escrúpulos.

—¡Pues no se saldrá con la suya! ¡Para demostrarle que no le tengo miedo, diré ante todos la verdad!

Y, decidida a ello, sin que Franklin lo pudiera evitar, Cordelia se presentó ante Gladys, Esther, Plimpton y los periodistas, seguida de Franklin, y acusó al "chantagista":

—Ese hombre intenta obligarme a que me case con él.

Expectación.

—Yo consentí en trabajar al lado de ese hombre, para defender a mi amiga Gladys de un peligro. El empleó la información que yo le di en su propio beneficio. No contento con esto, me amenaza ahora con hacerme aparecer como culpable si no accedo a ser su esposa.

Los periodistas tomaban nota.

Miguel—que no podía faltar allí—contemplaba con amor a Cordelia.

Plimpton, cuyo primer impulso fué el de exigir una explicación a Franklin, esperaba ansiosamente la declaración que para contrarrestar la de Cordelia se disponía a hacer el abogado.

En cuanto a Esther y Gladys, ambas temblaban.

Franklin habló sin precipitación, con esa sangre fría de los villanos.

—Ya que han escuchado ustedes lo que ella ha dicho, permítanme que yo me explique a mi vez. La señorita Marlowe me visitó un día para decirme que tenía la oportunidad de casarse con un hombre rico. Necesitaba dinero y me explicó un plan para obtenerlo de una amiga suya. Esa amiga era la señorita Norworth y el hombre rico el señor Plimpton.

—¡Mentira! ¡Mentira horrible!—gritó Cordelia.

—Ya sabe usted que todo eso es verdad, señorita. Y sigo. Puse al corriente a la señorita Norworth de lo que se tramaba contra ella y accedió a dejarse estafar para poder coger a la que se fingía ser su amiga.

—¿Qué contestas tú a todo eso, Gladys?—preguntó aterrada Cordelia a la millonaria.

Siguiendo la farsa, dispuesta a perder, por egoísmo, a Cordelia, Gladys, la acusó a su vez.

—Todo lo que dice el señor Franklin es verdad.

Cordelia lanzó un horroroso grito, y volvióse contra la inhumana Gladys.

—Está bien. Puesto que ustedes tratan de acorralarme, ahora soy yo quien va a descubrirlo todo: ¡Francis es el hijo de Gladys!

Asombro.

—¡Habla, Esther, habla! ¡Ya sabes que me lo

prometiste!—Imploró Gladys a su hermanastra en tan crítico momento.

Y Esther hizo oír su voz:

—¡Eso no es verdad! Francis es hijo mío. Gladys pagaba para que no trascendiese afuera mi secreto.

—¡Falso, falso!—protestó Cordelia.

—¿Cómo que es mentira? ¿Quién es usted para negar que soy la madre de mi hijo?—dijo Esther



—...¡Francis es el hijo de Gladys!

con firmeza.

Franklin volvió a abrumar de culpa a Cordelia:

—Puedo dar una prueba de la culpabilidad de la señorita Marlowe con los cheques pagados por mí a su nombre, y estoy dispuesto a entregar este asunto a la curiosidad pública.

Plimpton, incurriendo en el error, renunció ante

todos a su proyectada boda con Cordelia, ante lo cual Miguel no pudo contener su lamentación personal.

—Si yo estuviera en su lugar, señor Plimpton, me pondría al lado de ella, para poder demostrar su inocencia.

Franklin, que le oyó, le replicó con ironía:

—Blen. Si el señor mayordomo no tiene más que decir...

—¡Ya lo creo que tengo más que decir, señor abogado! No crea usted que todo esto va a quedar así. Yo hablaré y resplandecerá la verdad. Cuando yo hable, no me limitaré a inventar mentiras, que eso está a la altura de cualquiera. Presentaré pruebas, pruebas concretas e irrefutables.

Y Cordelia, en medio de su dolor, agradeció con la mirada las palabras de Miguel.



Cordelia, en su soledad con su madre, sólo contaba con una amistad sincera: la de Miguel.

Un día, el ex mayordomo fué a casa de su amiga en compañía de un "desconocido" que debía salvarla.

Los recibió la madre de ella.

—Mi hermano, que estaba trabajando en Cleveland y cuya visita les había anunciado a ustedes para hoy—díjole Miguel presentando al "desconocido".

—Tanto gusto, caballero. Cordelia se ha alegrado tanto al saber que iban ustedes a venir a comer hoy con nosotras, que quiso preparar ella misma la comida.

—Pues voy a ayudarla—dijo Miguel—. ¿Está en

la cocina, verdad? Tú, hermanito, te quedas aquí, con la señora... y yo... ya vuelvo.

—Hola, Cordelia—saludóla Miguel—. Ahí está mi hermano. He cumplido mi palabra. Ya hablaremos. No; siga, siga... Ya le verá luego. ¿Quiere que le prepare los *caneloni*?

—¡Qué jovial es usted, Miguel! No, gracias; soy mala cocinera, pero me basto yo sola en la cocina.



—No pienso casarme ni hablar siquiera de matrimonio hasta que mi nombre esté completamente limpio.

—¿Sabe que haría usted una estupenda ama de casa?

—No pienso casarme ni hablar siquiera de matrimonio hasta que mi nombre esté completamente limpio.

—¿Pero es que no tiene usted confianza en mí? ¿Qué teme usted?

—No, si no tengo miedo. Con un amigo tan fiel y tan bueno como usted, no puedo por menos de alimentar esperanzas. Y después, me pondré a trabajar. Durante este tiempo he repasado con fe mis anteriores estudios, y esta mañana he recibido el diploma de la Escuela de Comercio. De modo que creo poder colocarme en algún sitio.

—¿Por qué no acepta usted a mi lado su primer empleo? En mi despacho hace falta una secretaria.

—Usted mande y yo obedezco. Le debo tanto, que nunca podré pagárselo.

Después hablaron los dos con el hermano de Miguel—padre de Francis y primer amor de Gladys Norworth—, quien había llegado para tenderle entre todos un lazo a Franklin.

Y llegó el día en que Franklin debía ser desmascarado.

Miguel citó a éste a su despacho, y también a Gladys, a la que acompañaba Plimpton.

Cordelia actuaba de secretaria.

Fácil fué hacer cantar la verdad a Franklin, pues Miguel le probó ciertas trapisondas, y de los labios del primero salió el reconocimiento de la inocencia de Cordelia en la estafa a Gladys, a quien la primera creía ayudar comunicando informes al abogado.

Mas Gladys, que fué introducida en el despacho, con Plimpton, después de haber declarado Franklin, negó que Francis era su hijo.

Entonces, Miguel hizo aparecer a su hermano presentándolo a Plimpton y Franklin como el verdadero padre de Francis.

Gladys lanzó un grito de espanto y cayó al suelo sincopizada.

La verdad brillaba esplendente.

Miguel disculpóse de haber preparado tan fuerte escena, alegando que se había visto obligado a representarla para salvar el buen nombre de Cordelia que en todo momento había procedido noblemente. Y añadió:

—Al volver de la guerra, mi hermano se puso a trabajar lejos de aquí, con el propósito de olvidar



*Mas Gladys negó que Francis era su hijo.*

a Gladys y el dolor que ella le causó... Cuando supo que ella había negado a su hijo, se puso de acuerdo conmigo para reclamarlo.

Plimpton, confuso, pidió perdón a Cordelia por haber podido dudar de ella, y se alejó para siempre, arrepentido de la pérdida de su amor...

—Le debo tanto, Miguel, que con toda mi vida no podría pagárselo...—decíale Cordella a su amigo, poco después de la relatada escena.

—No aspiro más que a una cosa, Cordella...

—Siga, Miguel... El otro día empezó usted a decirme algo... algo muy agradable que yo interrumpí, porque mi nombre no estaba limpio. Dígame ahora.

—Sí, Cordella. ¡Te amo! No soy rico. A mi lado no envidiarás a ninguna mujer, porque entre todas tú serás la más querida.

—¡Oh, sí, Miguel! Pero ¿y Francis, y tu hermano y Gladys?

—Yo creo que eso tendrá aún un buen arreglo. El amor del hijo puede hacer el milagro de la reconciliación de los padres.

—¡Qué bueno eres, Miguel!

FIN

Prohibida la reproducción

LEA VD. LA PRECIOSA NOVELA  
El Milagro de los Lobos

Este número ha sido sometido a la censura militar